

Historia

JAVIER,

EL JOVEN DE

LA POSTGUERRA

II

NAVEGANDO SOBRE EL RIO

Javier marchaba camino de la fama bordeando los pueblucos blanquísimos de la montaña, recostados en las laderas lujuriantes de verde con sus casas minúsculas de tejados puntiagudos y de ventanas fantasiosas. Los cascos de los caballos se apagaban en el verdín blando del camino montañoso. Y Javier, la mirada pensativa, fija en un punto, oyendo su propio silencio, soñaba. El paisaje rojizo de su tierra, horro de vegetación, y más horro aún de esperanzas, se quedaba atrás en un gesto de postración, mientras emergían robustas de vitalidad y de exhuberancia, las encinas cargadas de hojas, y las fantasías cargadas de ensueño. Todo invitava a soñar: La niebla que ocultaba realidades prosaicas y el embrujo del monte lleno de murmullos y de siseos, de pájaros y de cascadas. De vez en cuando el mimo de una ráfaga de aire humedo fortalecía el ensueño vago de sus pupilas.

¡Javier camino de la Gloria! Pero sin querer iba también camino del río atrayente, demasiado atrayente para su alma reseca de placer, tras el chorrear abundoso de su fama.

París vivía una época de fastuosidad y de libertinaje. Francisco I era en frase de Weis "El Padre de las artes y de las letras francesas"; y nosotros podríamos añadir "el cómplice y amigo, más o menos encubierto, más o menos fiel y per-

seguidor; según los casos, de los herejes y heresiarcas".

Junto al colorido de desnudeces y de paganía, que propagaban los pintores renacentistas emigrados de Italia, se exhibían las desnudeces y paganías de las cortesanas y de los cortesanos, que en el recientemente construído palacio de Fontainebleau, o en los jardines de Versalles, o en el mismo Museo del Louvre —las tres grandes maravillas de este período— re reunían en las tristemente célebres fiestas aristocráticas. El joven sin honor veía demasiado agradable el baño en aquel río de placer y se lanzaba de bruces a sus aguas.

Y entre baile y baile, entre pecado y pecado, se servía al alma dolorida por infamias penurias, copas rebosantes de un licor amnésico precioso, mientras un Doctor explicaba las nuevas teorías de la predestinación y de la Gracia, para dar confianza y excusar pecados.

Todo renacimiento dice innovación. Por eso en aquellos tiempos en que todos los países atravesaban una crisis de inmoralidad y de indiferencia, —recorramos un poco nuestro siglo de oro— el ambiente de París, aún estaba rebosando vicio. "La cristiandad —diría Kierkegaard— jugaba al cristianismo". Y la herejía se propagó rápida y destructora.

El mismo Francisco I buscó colaboradores entre los protestantes, germanos, para los intereses de su política contra el Emperador D. Carlos. Esto no obstaba para que después presidiera él mismo una procesión de desagravio, mezclara oraciones entre las orgías, y ordenara o al menos tolerara una degollina de hugonotes.

Ahí llegó Javier con la garganta sedienta —la secaron las lágrimas— y con una carta de nobleza que le abría las puertas de la sociedad más conspicua, más alegre y más peligrosa: la de D^a Margarita de Navarra, prometida primero, y desde 1527 esposa de D. Enrique de Albret, el rey destronado, causa de la ruina de los Jassu.

La herejía y la inmoralidad de París tienen como infame primogénitor a un joven con quien Javier hubo de convivir los dos primeros años en la Universidad: Calvino. Aunque su alma era seca de ideales, y, como afirma Weis "jamás conoció lo que era un soplo de poesías", su influjo era grande entre sus condiscípulos por la genialidad de su talento. Es

posible que ya entonces trabaran el primer contacto ambos jóvenes. De todos modos si no fué entonces, ciertamente más tarde, cuando Calvino ya había promulgado su doctrina. Javier conoció al hereje y a sus herejías. Esto parece desprenderse de dos testimonios que enseguida consideraremos.

Fué en 1531. Calvino una vez muerto su padre, se dedicó a promulgar sus ideas en las peñas cortesanas de París. Weis nos ofrece esta consideración:

Rápidamente alcanzó gran prestigio por sus conferencias entre los partidarios de novedades, que a la sazón se reunían en París, bajo el amparo de la Reina Margarita de Navarra'' (1).

Que Javier era amigo de novedades al menos en letras y en artes renacentistas nos consta por su propio testimonio y es un hecho lógico conocido su talento, su juventud y su ideosincracia toda. Y que asistiera a las reuniones literarias, también nos consta, en la respuesta que dió por carta a sus hermanos que dudaban, —habían oído acusaciones malignas— de su religiosidad. Y una de las recomendaciones que hace de Ignacio, es la de que le preservó con sus consejos de la familiaridad con los herejes y del ansia de novedades literarias. Porque como admite Ribadencira: ''Qui graecizabant, lutheranizabant''. (2)

''Y porque V. md a la clara conozca cuánta merced Nuestro Señor Jesucristo me ha hecho en haber conocido al Señor Maestro Iñigo, por esta le prometo mi fe, que en mi vida podría satisfacer lo mucho que le debo, así por haberme favorecido con dineros y amigos en mis muchas necesidades, como en haber él sido causa de que yo me apartase de malas compañías, las cuales yo por mi poca experiencia no conocía. Y ahora que estas herejías han pasado por París, no quisiera haber tenido compañía con ellos por todas las cosas del mundo''. -Cartas y Avisos espirituales de S. Francisco Javier. P. Fernando M^a de Moreno- Escelicer. Cádiz-Madrid, 1944.

Y ¿cuál era la teocrática de Calvino? La más propia para aquella sociedad. Todo aún el pecado, está dispuesto y ordenado por la Providencia de Dios.

(1) Historia Universal T. IX, p. 160.

(2) Carta a D. Juan de Azpilicueta, en la villa de Obafios. París 25-3-1535.

''Cadit ergo homo, Dei Providentia sic ordinante''. Un fatalismo absoluto, y una blasfemia infamante; Dios es el autor del pecado! Luego ¿por qué evitarlo? Si está ordenado, no sólo que peque, sino aún que no pueda y que no quiera evitar el pecado. Aún la propia indiferencia es un estado que el mismo Dios ordena.

Javier, pues, navega en la mitad del río. Por una parte su sed de joven le invita a beber, por otra las nuevas doctrinas le excusan del pecado. Javier necesita temple de héroe para resistir.

Así como en el apartado anterior es en todo su valor, el escozor de la herida que se desgarró en su alma tras las derrotas y las miserias de una guerra, vamos ahora a escudriñar el corazón del Javier joven, apasionado, para justipreciar el ansia de amor que bullía en sus venas. Dijimos que el joven postbélico tenía dos agujones que calmar: el de la deshonra y el del amor. Probemos que Javier antes de ser santo fué héroe, porque fué un verdadero joven de postguerra. . . ¡pero en una postura de coloso!

Para comprender el amor, el amor que abrasaba las venas del navarro es preciso partir de un axioma evidente: Nadie da lo que no tiene; o en otras palabras: ''La santidad no crea las virtudes naturales del hombre, sino que las perfecciona''. Esto asentado, espiguemos unos cuantos hechos al azar, que nos ofrcen las cartas y avisos que escribió el santo. Si en ellos no hay gestos casi ciegos de enamorado, confieso con ingenuidad que no he conocido ningún hombre en tal situación. Me fijaré en tres facetas de su amor: amor con sus hermanos en religión, con sus amigos seglares con sus catecúmenos y criados.

El amor apasionado, de Padre, para con sus nuevos cristianos palpita en las quejas, en las súplicas, en las amonestaciones que dirige al Rey Juan III pidiéndole providencias y cantándole claro el deber que Dios le impuso al coronarle como Señor de aquellas Indias; palpita en las epístolas ardientes a su amadísimo Padre Ignacio, demandándole ''por la Sangre de Cristo'' operarios: y sobre todo en los avisos paternales a sus compañeros de Goa y de la Pesquería.

Mas el cariño paternal se hace mimo, cuando se trata de los que tiene a su lado. En Indio Mateo obtuvo un puesto de predilección en el alma volcánica de Javier. Así escribe a Francisco de Mansilla, que por entonces en unión con Ma-

teo evangelizaba a los habitantes de la costa de la Pesquería:

Dile a Mateo que se porte como buen hijo, y entonces él experimentará a su vez cuán buen Padre soy. Añadirás que yo le mando, que cuando enseñe la doctrina los domingos, tan alto la diga, que no sólo los circundantes la oigan, mas que su voz nos llegue hasta nosotros que estamos en Manapar'. (1).

Con este cariño infantil trata a sus hijos pequeños en la fe.

En otro lugar escribe al mismo:

Cuando llegue ahí, le llevaré (a Mateo) un precioso regalo con el que de seguro se alegrará sobre manera (2).

Pero su amor sube de punto cuando se trata de un amigo —después estudiaremos la amistad de Javier que fué su peligro y su salvación— el cual ha expuesto su fortuna para abrirle las puertas de un reino, y por culpa de una ambición rastrera, se han perdido, para el amigo la fortuna, y el reino para su impaciencia de Divino conquistador. La carta que Javier escribe al caballero Santiago Pereira desde Sanchón, después del gran fracaso del ideal de Javier que sufrió en la conquista de China para Cristo, y murió con los paisajes de sus costas reflejados en las lágrimas de sus ojos moribundos, sólo se puede leer llorando. El Santo se juzga la causa de la bancarrota de Pereira, se excusa, le manifiesta que abandonó Goa, sólo para no aumentar el dolor de su alma al tropezar con él, y ruega a Dios y a la Compañía, que le miren como el bienhechor más insigne de su apostolado.

Ese es el amor de Javier. Pero no sabremos lo que es la locura de su enamoramiento, el potencial sublime de su corazón apasionado, hasta que meditemos las cartas de Francisco a 'su Padre del alma' y a sus hermanos.

En las horas rapidísimas de Cochín, cuando el viento impaciente palpitaba ya en las velas de las naos correos, Javier sentía que su corazón se le escapaba hacia los compañeros que dejó en Europa, hacia los estudiantes impulsivos de

(1) *Francisci Xaverii e Societate Jesu Indiarum Apostoli, Epistolarum omnium, libri Quatuor. Opera R. M. Bononinae 1795 Libro I Epist. XVIII.*
(2) *Ubi Supra Ep. XXI.*

Coimbra que soñaban en él, hacia su bendito Padre Ignacio 'in visceribus Christi unicus'. Y aquel Javier, mirando al horizonte largo y morado, lloraba de amor, y —nos lo dice él mismo en su carta a San Ignacio del 2 de Enero de 1548 (3)— caía de rodillas y así, humilde abrazado de cariño, tomaba su pluma y escribía. . . Escribía aquellos tizones ardientes que abrasaban después toda Europa.

Este es el Javier que jura a sus hermanos amor hasta la muerte, de modo que reniega de su propia mano diestra, si alguna vez los olvidara (4). Y sobre todo este Javier, que como un verdadero enamorado, para que jamás se olvide de sus hermanos en religión, y porque recibe una consolación copiosísima con su recuerdo, recorta con mimo de las cartas que anualmente le traen las naos, sus hombres, y los lleva sobre su corazón loco de cariño. Oigamos sus propias palabras, porque son insustituibles:

Porque jamás me olvide de vosotros, por continua y especial memoria, para mucha consolación mía, os hago saber, carísimos hermanos míos, que tomé de las cartas que me escribisteis vuestros nombres, escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de la Profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo, por las consolaciones que de ellos recibo. A Dios Nuestro Señor doy las gracias primeramente, y después a vosotros, Padres y Hermanos Suavísimos, pues os hizo Dios tales, que tanto me consolais llevando vuestros nombres' (5).

El que se asoma a este corazón queda prendado de su potencialidad de amor. Pero creo mi deber señalar una circunstancia significativa: Este hombre que así escribe, casi ciego de cariño, es un hombre de cuarenta años, que ha empeñado —ya hace más de diez— una batalla contra su naturaleza en una labor heroica de mortificación y de vencimiento. Retrocedamos pues unos cuantos años

(3) 'Así ceso rogando a Vuestra Caridad, Padre mío de mi alma observantísimo, las rodillas puestas en el suelo, todo el tiempo que ésta escribo. . .'

(4) Cochín 20 de Enero de 1548. -No sé con qué mejor acabe de escribir que confesando a todos los de la Compañía, quod si, oblitus fuero Societatis nominis Jesu, oblivioni detur dextera mea.

(5) Amboino 10 de Mayo de 1546. (Según la obra del P. Moreno, ya citada).

y unos miles de kilómetros, y abandonando aquel hombre de hábito raído, que llora de cara a las naos, contemplemos de nuevo al Francisco de 1525, que abandona su tierra, caballero en su corcel, vestido de seda, con sombrero de pluma inquieta y corazón todo impulso. ¿No nos parece natural, más aún, necesaria, la postura de ese joven amante recortando de un billete el nombre de 'mademoiselle' rubia, atrayente, fina, que acaba de conocer en el baile de sociedad que ha organizado D^a Margarita? Aquel joven simpático, con ansias de amor, con una nobleza y un talento que le abrían el corazón de las cortesanas frívolas, ¿no debía necesariamente hundirse en aquel río refrescante de heridas, y amnésico insustituible de infamias y de derrotas?

Es una postura de coloso la de ese corazón lleno de fuego, que navega sobre el río de París sin hundirse nunca. Pero no creemos que es una mera tensión superficial la que le mantiene a flote. En Javier además de su juventud, su misma estirpe, el ambiente que asimiló al nacer, le pone una fuerza gravitatoria, que le arrastra hacia el fondo. Tal vez nos parezca nuevo; pero en su casa bebió el licor, que más le incitaba a la embriaguez parisina. Examinemos este concepto.

Al hidalgo del XVI le hemos considerado únicamente como hombre de honor. Pero junto al honor tiene el alma del hidalgo otra flor gemela: la galantería, en una palabra, el amor. La razón es obvia. Todo enamoramiento se caracteriza por una nota de protección. El hombre busca a la mujer como a un ser más débil; y si esto no puede realizarse el joven buscará a otro ser más niño que él, más desvalido, más delicado, en el que goce ejerciendo su protección. En los primeros años de la adolescencia es corriente esta faceta patológica de la amistad.

Y el hidalgo es el hombre convencido de su nobleza, de su poder, y de que su venida al mundo ha sido para "desfacer entuertos" y amparar a los débiles. Por eso hidalgía ha quedado como sinónimo de cortesanismo amoroso y de amor elegante y ciego.

Javier llegó a París convencido de su hidalgía. Más aún, el resquemor de la derrota, le hacía apeteecer con más ansia el encuentro de un ser más desvalido, a quien amar y proteger.

Pero avancemos un poco más en el camino analítico del heroísmo de Javier. No era sólo su corazón, sino su misma penuria económica, la que le impulsaba a ceder. Francisco era simpático, necesitaba amistades, y dineros, temía el ridículo. Y todo ello era una perpetua sirena en su navegar.

Los amigos se acercaban a él, acabadas las lecciones vespertinas, y haciendo sonar sus bolsas de doblones le invitaban sibilantes: —'Esta noche tenemos fiesta. Contamos con tu alegría'

Y Javier, ante aquella juventud gozosa, con bolsas sonoras, con atractivos de aventura, comenzaba a meditar, fijos los ojos en el cristal anochecido de su ventanuca:

—'Son jóvenes, ricos. . . su amistad me es preciosa en esta situación de penuria. . . son alegres. . . Entre los libros se acorcha mi vida sin juventud. . . Y si me niego apareceré como un santurrón desafiante y ridículamente serio. . .

Pero un horror de ángel, para todo lo que significara mancharse, le detiene. Tal vez, entonces ha penetrado en la habitación su compañero angelical, y en los ojos de Fabro ha leído la belleza de ser casto. Javier levantándose lentamente, con los ojos preñados de 'distinguos' ha respondido un no entre dientes.

—No, no voy. . . Tengo que estudiar.

—Siempre estudiando el futuro canónigo de Pamplona. . .

Javier ha quedado en ridículo ante sus compañeros. Sólo encuentra fortaleza en su altivez independiente de cásta, y, al volver los ojos, en las pupilas serenas del Pastorcito Saboyano.

Ante este boceto rápido de la heroicidad de Javier, nos asalta la admiración de lo sobrenatural. Porque un joven, si es como lo hemos descrito, —y creo que está suficientemente probado que Javier era así— no puede, sin un milagro, reaccionar con esta postura de coloso. Es verdad. Y ¿por qué Javier reaccionó así?

En un rincón del oratorio antiguo del castillo, D^a María la Triste continuaba llorando a los pies del Cristo agónico. Y allá en Gandía, D^a Magdalena de Jassu, penitente clarisa con fama de santidad, mezclaba con las lágrimas la sangre de su penitencia, orando a Dios por el hermano de la Universidad francesa. Y este vapor de oración, de sangre, y de llanto ascendían al cielo en nube benéfica, que luego rompía sobre París.

Sin embargo, queridos lectores, quiero salir al paso de un desencanto que comienza a nacer en vuestro pensamiento. Creéis que voy a concluir, como se concluyen todas las vidas de los santos, diciendo que Dios enamoró con sus gracias aquella alma virginal, arrebatándole en deliquios dulcísimos de amor divino. Es cierto que quien mira al cielo, no mira a la tierra; pero hay otro modo más natural —y tal vez más providente— de no mirar al fango: acariciar las pocas flores, que siempre nacen, aun entre el cieno más repugnante.

Javier al llegar a París se encontró con un ser a quien amar. Era el complemento que necesitaba su alma sedienta: el compañero de habitación, Pedro Fabro. Ambos tenían el fondo común de un talento sobresaliente, —Javier, el alegre profesor de Aristóteles en el colegio de Dormans-Besuvais, y Pedro Fabro el repetidor apetecido de los alumnos retrasados; ambos simpáticos y atrayentes,— Francisco, el apóstol que se convidaba a los juegos y convites de los pecadores para ganarlos con su trato, y Pedro Fabro, el imán de las almas en las cortes de Europa; ambos jóvenes de igual edad; y sobre todo ambos ansiosos de estudiar no obstante la penuria de sus familias, —la desgracia hace más íntimos los corazones— que a Fabro le hizo derramar tantas lágrimas antes de venir a París, y a Francisco puso tanta congoja, cuando se pensó en separarlo de los estudios. Sin embargo, sobre este fondo de igualdad que todo intimismo requiere, se alzaba el edificio maravilloso de dos psicologías, en cuanto cabe distintas, pero prodigiosamente complementarias. En primer lugar, aquel Javier altivo, noble, con humos de hidalgía, se encontraba con el sencillo zagal de los campos saboyanos, humilde y srevicial; Javier tenía

aún los ojos cargados de imágenes de torreones guerreros, de armaduras y de derrotas; el jovencito de Saboya le miraba con sus ojos blandos y grandes que aún reflejaban la tranquilidad de sus prados verdes, y lo ingenuo del mirar mimoso de los recentales; Javier ardiente, apasionado, con un pie en el abismo, Fabro con un andar mesuroso al que se asoma la pureza de su voto infantil de castidad; Francisco y Pedro, pasión y dominio, orgullo y sencillez; nobleza y humildad, abrazados en un beso de almas. Allí Javier podía mandar y proteger, presumir y amar. . . Pero siempre sintiendo el influjo de unos ojos grandes que miraban e irradiaban pureza. 'Cuando se hablaba con él, se sentía como un batir de alas y una transcendencia de cielo'.

Tal vez por eso, cuando Javier, vaga la mente fantasiosa, piensa distraído en el baile de sociedad, en la reunión de Margarita de Navarra, en sus compañeros, en su maestro, que aquella noche salen a divertirse, ha sentido un hormigueo en su corazón y un resquemor en su alma dolorida, y se ha levantado, ha querido avisar al corro de jóvenes alegres, que él también va, que esa noche no quiere estudio. . . pero sobre él, los dos ojos angelicales de su compañero le han clavado una saeta dulce de continuidad. Ser puro es ser héroe! Y Javier permanece sobre su libro de Aristóteles, quieto y agradecido.

Ante este cuadro de postguerra, de juventud de heroicidad, no podemos menos de admirar y de exclamar, no ya con el grito desesperado de un Plievier, o con el abatido de un Sartre que todo lo ve irremisiblemente putrefacto, sino con el jubiloso y exultante de Claudel:

'La juventud dicen que es la edad del placer, pero no es cierto; la juventud es la edad del heroísmo. . .

SANTIAGO DE ANITUA

